

De ahí que, concluye el autor, la visión de Unamuno como un intelectual, además de proporcionarnos la clave para poder mirar al personaje y a sus escritos desde una nueva perspectiva global –desde la cual “[aparezcan reunidas] las distintas facetas de su obra y le dé sentido de un modo comprensivo”–, asimismo sea de un valor científico inigualable para determinar “las condiciones políticas, sociales, culturales, intelectuales y literarias” que hicieron posible la emergencia en la España de fin de siglo del intelectual moderno.

Así pues, y como se puede comprobar de la lectura de esta obra, Roberts se fija como meta, no ya sólo ofrecer una imagen nueva y revisionadora de Unamuno, sino que también se interesa en plantear nuevas perspectivas y valoraciones acerca del intelectual moderno, de las cuestiones hondas y variadas que explican su emergencia a finales del siglo XIX, o –entre otras cosas– en señalar la gran variedad de matices y de significados –o de formas de intervención– que esta figura adquirió en función de unos contextos históricos en cambio y en evolución.

Por último habría que añadir que, con su magnífico trabajo sobre Unamuno, Stephen Roberts nos advierte de los graves problemas de comprensión que puede ocasionar el estudio del contexto político-cultural de la España de fin de siglo a partir de paradigmas y modelos externos, particularmente franceses –los más extendidos–. Para el autor no hay duda de que la riqueza, complejidad y variedad propias del contexto español recomienda que se aborde la investigación del período a partir de sus propias especificidades. Seguramente, ese enfoque, además de contribuir a un mejor conocimiento de la historia de España, proporcionará elementos de gran valor para fijar en toda su amplitud la profunda crisis intelectual que por entonces comenzó a dejarse sentir en el mundo occidental; una crisis que, entre otros efectos, iba a producir la quiebra de la certezas en las que se había apoyado el liberalismo decimonónico, y que –en el caso español– acabó proyectándose, haciéndola posible, en el fracaso de julio de 1936.

Álvaro Ferrary
Universidad de Navarra

LUGONES, Néstor A. *Los Bestiarios en la Literatura Medieval Castellana*. Palencia: Cálamo, 2006. 270 pp. (ISBN: 84-95018-91-8)

El imperativo de Ortega: “un libro de ciencia tiene que ser de ciencia, pero también tiene que ser un libro”, que Curtius estampó al frente de su *Literatura europea y Edad Media latina*, lo satisface sin duda este volumen de Néstor Lugones. Es un estudio bien fundamentado: se basa en su tesis doctoral, defendida en 1976, y además ofrece en la introducción una discusión crítica de la bibliografía más reciente, hasta la última década. Por otro lado, se leen con gusto las variopintas noticias sobre animales que proporciona la literatura medieval; por ejemplo, el método para la caza del elefante según el *Alexandre*: identifíquese el árbol en que suele apoyarse para

dormir el elefante; hágase un profundo corte en el tronco con una sierra, y déjese estar; cuando el elefante soñoliento se apoye, caerá al suelo; aprovéchese su confusión para degollarlo (134).

Para precisar más el contenido del libro, ha de aclararse que “bestiarios” se entiende en sentido estricto: la tradición del *Physiologus*, ampliada con los bestiarios de amor; deliberadamente se dejan a un lado las noticias sobre animales que proceden de otras fuentes. En cuanto al corpus que maneja, alcanza hasta el siglo xiv, con tan solo una incursión en los cancioneros del xv. Recoge referencias sobre los siguientes seres: águila, antílope, araña, los cuatro elementos, topo, *charadrius*, diamante, dromedario, elefante, fénix, hormiga, *hydrus*, pavo real, perla, perro, serpiente, tórtola, unicornio y zorro.

Cada apartado toma un pasaje literario sobre el animal en cuestión (más o menos extenso), lo explica y lo pone en relación con la tradición de los bestiarios. Cuando es pertinente, Lugones señala la función de dicho pasaje en la obra a la que pertenece, o apunta a una tradición literaria castellana en torno al mismo tópico. La posibilidad de ampliar así los análisis depende en buena medida de que existan investigaciones monográficas; hay que constatar que varias de ellas son del propio Lugones (publicadas en forma de artículos). De especial amplitud son los apartados sobre animales del *Libro de Alexandre* y sobre la tórtola, así como el estudio del *charadrius*.

Un reparo que se puede hacer al libro es que, sin pretender ser exhaustivo, tampoco explica los motivos de su selección. Por ejemplo: ¿por qué no hay un apartado acerca del lobo? Este animal aparece en los bestiarios de amor y en el *Libro de buen amor*; y sobre él existen ya algunas aproximaciones, de Jacques Joset y Nicasio Salvador. Parece que la bibliografía más reciente, aunque se discute en la introducción, no se incorpora del todo al contenido de los estudios.

En cualquier caso, se trata de una valiosa aportación que ayuda a percibir la existencia de una tradición literaria, que aparece disgregada en obras muy diversas. Da pie para desarrollar la investigación en varias direcciones: elucidar la relevancia de las menciones de animales para el sentido general de las obras en que aparecen – sabiendo que son elementos con gran resonancia gracias a la tradición de los bestiarios que los respaldan–, y conectar estas menciones de animales con otras de los siglos xv y xvi, por ejemplo las que aparecen en la *Celestina*, que han sido objeto de varios estudios. Con esto, nos iremos haciendo una idea más completa del cosmos imaginativo del mundo medieval y renacentista, y de los recursos que proporcionaba aquel cosmos a la creatividad verbal.

Luis Galván
Universidad de Navarra